

CAPITULO XX.

JUICIOS TEMERARIOS.—PROFETAS FALSOS.

Nuestro Señor, despues de habernos dado instrucciones sobre los cuidados congijosos de este mundo, por los cuales pecamos contra nuestro Padre celestial, contra nuestra alma inmortal, y contra nuestro prójimo, si tales inquietudes cierran nuestro corazon y le hacen egoista y duro, vuelve á hablar de la violacion inmediata del amor del prójimo:

“No juzgueis, para que no seais juzgados, porque en el juicio en que juzgáreis, sereis juzgados, y con la medida que midiéreis, sereis medidos. No condeneis, y no sereis condenados. Perdonad y sereis perdonados (1).

“Dad y se os dará, y derramarán en vuestro seno una medida buena y llena, y que rebose; porque con la misma medida que midiéreis se os medirá.

“¿Por qué ves la paja en el ojo de tu hermano, y no ves la viga en el tuyo? ¿O cómo dices á tu hermano: deja que te saque la paja de tu ojo, y tienes tú una viga

(1) *Apokute kai apokutesethe.* Lutero dice aquí: “Perdonad, y se os perdonará.” Lo mismo dice la traduccion inglesa; pero el *dimittite et dimittimini* de la Vulgata, es mas exacto, porque Jesucristo no habla del caso en que uno hubiese sido ofendido por otro. Ya ha tratado antes de él, y hemos visto con qué anhelo recomienda el perdon; mas Jesucristo habla aquí del juicio ilícito y poco caritativo con que se atreve uno, erigiéndose en juez, á juzgar y condenar al prójimo. Nosotros debemos remitirle de este tribunal, al del justo juez que le juzgará algun dia.

en el tuyo? Hipócrita, saca primero la viga de tu ojo, y entonces cuidarás de sacar la paja del ojo de tu hermano. (San Mateo, VI, 1 á 5, y San Lucas, VI, 37, 38, 41 y 42).”

Para expresar enérgicamente su aversion á la falta de caridad, á la injusticia y al orgullo que entran en nuestros juicios temerarios, escoge nuestro Señor en su discurso, expresiones vigorosas é imágenes vehementes.

Solo el formar dentro de nosotros mismos un juicio temerario y opuesto al amor del prójimo, es ya un pecado grave. En el capítulo precedente hemos visto con qué energía clama el Hijo de Dios contra el rencor del que ha recibido una ofensa; pero aquí se trata tambien del juicio que formamos acerca de aquel que no nos ha ofendido.

Nosotros juzgamos y vemos únicamente la accion exterior; pero solo el que todo lo ve, ha visto la intencion y el motivo, y ha hallado tal vez circunstancias que podian excusar y aun justificar á nuestro prójimo. ¿Y podríamos nosotros, ignorantes, á las veces ciegos y siempre miopes, formar un juicio? ¿Nos atreveríamos á juzgar, nosotros á quienes aguarda tambien el juicio? ¿Querriamos juzgar á nuestro hermano, por el cual murió Jesucristo?

Todavía pecamos mucho mas gravemente, cuando manifestamos nuestro juicio inícuo y temerario á lo exterior, siendo así que deberíamos callar y ocultar las flaquezas, los defectos, y hasta la maldad del prójimo, á

no ser que la caridad nos impusiese el deber de ponerlo en conocimiento de los que pueden remediarlo.

¿Cuántas veces sucede que los caprichos y las flaquezas del prójimo, y á veces sus virtudes que nos parecen desbarros ó debilidades, son materia de dichos agudos con nuestros conocidos, ó de insípida habladuría en el gran mundo? ¿Cuántas veces no hace uno el papel de hipócrita, cuando con intencion de pasar por virtuoso, cuerdo ó sensible, se censuran los defectos de un hermano, acaso con una compasion aparente, ó con una malicia que tiene todas las trazas de una disculpa? O bien se cree que la amistad exige de nosotros, que en la conversacion con un amigo le comuniquemos nuestro juicio nada caritativo por cierto, sobre un tercero. Así cohonestamos por amor al uno, la falta de caridad que debemos tambien al otro. Sin duda es excelente la amistad que convierte á un amigo en cómplice. Tal amistad nos engaña á nosotros mismos. En ella no amamos mas que á nosotros, y ofrecemos sacrificios humanos al ídolo del amor propio. Tal amistad volará como paja menuda en el dia grande en que se separe de ésta el grano, y volará aun cuando se conviertan y se salven los dos amigos, porque si aquella amistad no se fundó en el amor de Dios, fué vana en dos sentidos: vana porque era nula, y vana porque estaba cimentada en el amor propio, por noble que fuese en la apariencia. Todo lo que no tiene á Dios por principio y fin último, es vano.

Cuando uno puede con la caridad hacer mas atento al prójimo á sus flaquezas, y cuando puede amonestarle é inspirarle mejores sentimientos, cümple un deber sagrado; pero es preciso que se haga con caridad. Cuando se emprende por amor propio una obra piadosa del amor, ¿cómo se quiere que salga bien? Obrando de este modo, se hace padecer al prójimo, sin sacarle la paja que tiene en el ojo. El amor propio del que es reprendido, se levanta contra el amor propio del que reprende; á lo que hay que añadir, que el amor propio lo ve todo bajo un falso punto de vista, porque se hace él un centro. Lo que constituye la sabiduría de la caridad, es el ver en Dios el punto central de todas las cosas y de todas las relaciones. Salomon dice de esta sabiduría: “Yo, la sabiduría, habito en el consejo y penetro en los pensamientos de la inteligencia (Libro de los Proverbios, Cap. VIII, v. 12).” El amor propio es la viga en el ojo, y debe quitarse antes de intentar arrancar con discrecion y caridad, la paja del ojo del prójimo.

“No deis lo que es santo á los perros, ni echeis vuestras margaritas á los puercos, no sea que las pisen, y volviéndose á vosotros os despedacen (\*). (San Mateo, VII, 6).”

(\*) Los pastores de almas deben cuidar mucho de no exponer la palabra de Dios y los misterios divinos, al desprecio de los impíos y libertinos. Estos, ó combaten los mismos misterios, ladrando y ahullando como perros, ó los arrojan á los piés, para hollarlos como puercos anegados en el cieno de sus infames placeres; y ya que no pueden vomitar su cólera contra la palabra de la misma verdad, se convierten furiosos contra sus predicadores. (Nota del Illmo. Seio al cap. 7.º de San Mateo).

Si la ley de Jesucristo nos prohíbe juzgar y condenar á diestro y siniestro, está muy lejos de prohibirnos la prudencia en el trato con los otros hombres. No debemos fiarnos ciegamente de todos, porque de lo contrario les perjudicaríamos mas que á nosotros mismos. Podemos hacerles grandísimo daño, queriendo imponerles la ciencia de la salud sin prudencia, sin discernimiento, sin oportunidad y sin miramiento á sus disposiciones presentes, ya hácia el bien, ya hácia el mal. Esta advertencia tenia tambien una conexión particular con la misión de los apóstoles, á quienes Jesucristo dió el ejemplo en este punto. Dicese en el capítulo XII de San Mateo, v. 58: "Y no hizo (el Salvador) muchos milagros allí (es decir en Nazareth) por la incredulidad de ellos." Dios concede esta discreción del amor, á los que se la piden formalmente. Para unir lo que sigue con lo que antecede, continúa así Jesucristo:

"Pedid y se os dará: buscad y hallareis: llamad y os abrirán; porque todo el que pide recibe, y el que busca, halla, y al que llama, se le abre. ¿Qué hombre hay entre vosotros, que si su hijo le pide pan, le dé una piedra? ¿O si le pide un pez, le alargue una serpiente? Pues si vosotros, siendo malos, sabeis dar buenos dones á vuestros hijos, ¿cuánto mas vuestro Padre que está en los cielos, dará bienes á los que le piden? (San Mateo, VII, 7 á 11).

La Santa Escritura nos recomienda en todas partes la oración, con la enseñanza y con el ejemplo; y el mismo

Hijo de Dios la recomienda con su doctrina y sus hechos. Los pueblos de todos los tiempos han invocado á la divinidad; y es falsa, contraria á las divinas Escrituras, y tan inhumana como impía, la opinión de los que dicen que la oración no tiene ninguna virtud; y que solo es provechosa al hombre y grata á Dios, á título de acto de confianza y de elevación de nuestro corazón á Dios, el cual no oye nuestras súplicas, porque no necesita que le expongamos nuestras miserias.

Es verdad que Dios sabe mejor que nosotros, lo que necesitamos; pero nos ha iluminado acerca de las necesidades de nuestra alma, y para satisfacerlas, *nos dió su único Hijo*, y nos da su Espíritu Santo para que nos enseñe á orar, y ore en nosotros. "El espíritu ayuda nuestra flaqueza, porque no sabemos orar como conviene; pero el mismo espíritu pide por nosotros con gemidos inefables. (Epístola á los Romanos, VIII, 26)." Para saber lo que hemos menester, no necesita Dios que se lo expongamos; pero como necesitamos levantar nuestro corazón hácia él en la oración, con fé, esperanza y caridad, es digno de su amor paternal descender hasta nosotros y oirnos, porque nos escucha y nos ha mandado dirigirle nuestras súplicas. Cuando el Dios de verdad manda pedir, el Dios de amor debe necesariamente oirnos: si no, nos habria engañado. No se contenta solo con la elevación de un corazón que se dedica á examinar sus perfecciones, sino que exige súplicas y promete oirnos: mas no basta pedir de boca y con un cora-

zon dividido, sino que es menester que pidamos de todo corazon y en verdad. "El Señor está cerca de todos los que le invocan, de todos los que le invocan en verdad. Hará la voluntad de los que le temen, y oirá su súplica y los salvará," dice el Profeta rey. (Salmo CXLIV, v. 18 y 19). Debemos *buscar* por nuestra cooperacion, *llamar* á la puerta y no cesar de llamar hasta que nos abran, y de seguro nos abrirán.

Mas ¿qué clase de cooperacion en particular nos pide Dios para concedernos los dones del cielo? ¿No hemos oido lo que nos decia su Hijo: "Dad y se os dará?" He aquí la razon por qué añade estas palabras, inmediatamente despues de haber exhortado á la oracion: "Así, todo lo que quereis que hagan con vosotros los hombres, hacedlo vosotros con ellos; porque esta es la ley y los profetas. (San Mateo, VII, 12)."

Cuando manifestamos al prójimo esta caridad por amor á Dios (porque sin el amor de Dios nadie puede cumplir verdaderamente este precepto), cumplimos el primero y mayor mandamiento, que es el de amar á Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como á nosotros mismos. Estos dos mandamientos, dice nuestro Salvador, encierran toda la ley y los profetas.

De cuántas cosas debe despojarse nuestra alma, para llegar á esta caridad! Porque el amor propio lo atrae todo á sí, y divide al hombre así como le mancha: solo el alma sencilla busca á Dios y puede cumplir el precepto de su Hijo. Jesucristo continúa así:

"Entrad por la puerta angosta, porque es ancha la puerta y espacioso el camino que conduce á la perdicion, y son muchos los que entran por él. ¡Cuán angosta es la puerta, y cuán estrecho el camino que conduce á la vida, y cuán pocos son los que la hallan! (San Mateo, VII, 13 á 14).

La verdad es una, los errores innumerables. Tambien es uno ese amor verdadero con que debemos amar á Dios sobre todas las cosas, y no amar los otros objetos sino en él. Este amor es simple, puro, celestial, mientras que el amor propio, que á decir verdad, no es amor, porque todo lo atrae á sí mismo, y trabaja en su propia perdicion, es múltiple, impuro y terreno, y de consiguiente, transitorio; por el contrario, el amor de Dios es eterno. La verdad y la caridad conducen á la vida por la puerta estrecha.

"Guardaos de los falsos profetas que vienen á vosotros, cubiertos con la piel de ovejas, y por dentro son lobos rapaces: por sus frutos los conoceréis. ¿Acaso se cogen uvas de las espinas, ó higos de las zarzas? Así, todo árbol bueno produce buenos frutos; mas el árbol malo produce frutos malos. Un árbol bueno no puede dar malos frutos, ni un árbol malo dar buenos frutos. Todo árbol que no da buen fruto, será cortado y arrojado al fuego. Así, pues, por sus frutos los conoceréis. No todo el que me dice, Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, entrará en el reino de los cie-

los: Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y lanzamos los demonios en tu nombre, é hicimos muchos prodigios en tu nombre? Y entonces les manifestaré yo públicamente: Nunca os he conocido; retiraos de mí los que obráis la iniquidad. (San Mateo, VII, 15 á 23)."

Reunidas estas palabras con lo que antecede, se explican por sí mismas. Los falsos profetas, los heresiarcas que nos desvian del camino de la verdad, que se engañan á sí mismos, engañando á los demas, y que no están animados de la caridad verdadera, se extravían en la senda de la perdicion, y extravían á los que se dejan seducir. Sus discursos suelen ser halagüeños: hablan de las obligaciones del cristiano, y no conocen el poder de la religion, porque no conocen, ni la corrupcion de la naturaleza humana, ni á Jesucristo "que nos fué dado por Dios para ser nuestra sabiduría, nuestra justicia, nuestra santificacion y nuestra redencion, como dice el Apóstol. (Epístola primera á los de Corinto, I, 30)." Por lo tanto, les faltan á ellos y á sus discípulos la fuerza de la virtud y la vida de la piedad. El árbol de su virtud no ha echado raices en buena tierra, sino en el lodo del amor propio; por eso se han corrompido sus frutos. ¿Cómo quereis que el andamio de su religion, levantado sobre un cimiento podrido, pueda ser durable? "Así, todo el que oye estas palabras mías y las cumple, se asemejará á un varon prudente que edificó su

casa sobre piedra, y cayó la lluvia, y vinieron los rios, y soplaron los vientos, y se precipitaron sobre aquella casa, y no se arruinó, porque estaba fundada sobre piedra. Y todo el que oye estas palabras mías y no las cumple, será semejante al varon fátuo que edificó su casa sobre arena, y cayó la lluvia, y vinieron los rios, y soplaron los vientos, y se precipitaron sobre aquella casa, y se arruinó y su ruina fué grande.

"Y sucedió, que habiendo acabado Jesus este discurso, se admiraban las turbas de su doctrina, porque los enseñaba como quien tiene potestad, y no como los escribas y fariseos (San Mateo, VII, 24 á 29)."

## CAPITULO XXI.

CURACION DEL LEPROSO Y DEL CRIADO DEL CEN-

TURION: RESURRECCION DEL HIJO DE

LA VIUDA DE NAIM.

"Mas habiendo bajado de la montaña, le siguió gran multitud de gente; y he aquí que viendo un leproso le adoraba, y decia: Señor, si tú quieres, puedes dejarme limpio. Y extendiendo Jesus la mano, le tocó diciendo: Quiero; queda limpio. Inmediatamente se curó su lepra. Y le dijo Jesus: Mira, no lo digas á nadie, sino vé, preséntate al sacerdote, y ofrece la ofrenda que man-

dó Moises en testimonio para ellos (\*) (1). (San Mat. VIII, 1 á 4).

“Y habiendo acabado todas estas palabras delante del pueblo, entró en Cafarnaum. Mas el criado de cierto centurion estaba malo y á punto de morir; y el amo le estimaba mucho. Y habiendo oido hablar de Jesus, envió á él algunos ancianos de los judíos, suplicándole que fuese y salvase á su criado. Y habiendo ido ellos á la presencia de Jesus, le rogaban con instancia, diciéndolo: Es digno de que leagas esta gracia, porque ama

(\*) Para que les constase y no tuviesen excusa, dice San Gerónimo, si no se rendían á un testimonio tan claro de la verdad; y al mismo tiempo fuesen convencidos de la injusticia con que frecuentemente le acusaban de oponerse á la ley. Débese observar aquí, que aunque el Salvador quiso que quedase oculta al sacerdote la manera extraordinaria con que aquel habia sido curado, esto no obstante, le mandó que se presentase al sacerdote, para que le pagase la ofrenda que se acostumbraba hacer en las curaciones ordinarias de la lepra: y esto cuando el sacerdocio habia ya degenerado mucho de su institucion y de su oficio. La corrupcion puede poner mancilla á la institucion divina, pero de ningun modo abrogarla. (Nota del Illmo. Scio al cap. 8.º de San Mateo).

(1) Esta historia, es con poca diferencia, la misma que ya se ha contado; pero San Mateo dice formalmente, que el leproso de que aquí se trata, habia sido curado despues de hablar Jesus á la multitud desde la montaña; y el que mencionan San Márcos y San Lucas, lo habia sido antes. Es muy natural que dos leprosos manifestaran sus deseos del mismo modo y con la misma sencillez, y que nuestro Salvador los curara de la misma manera, encargándoles á ambos que fueran á presentarse á los sacerdotes. Es cierto que el leproso miraba á nuestro Señor como un profeta; mas ¿le miraba tambien como Hijo de Dios? La voz griega *proskunein*, mas siempre significa adorar, sino que significa tambien manifestar su respeto á alguno, prosternándose ante él, á estilo de los orientales.

nuestra nacion, y nos ha edificado una sinagoga. Jesus, pues, iba con ellos, y estando ya no lejos de la casa, le envió el centurion unos amigos, diciendo: Señor, no te molestes, porque no soy digno de que entres en mi casa; por lo cual no me he creído digno de ir á tí; pero dí una palabra y sanará mi criado; porque yo soy hombre constituido bajo la potestad de otro, y que tengo soldados á mis órdenes, y digo al uno: vé, y va; y al otro: ven, y viene; y á mi criado: haz esto, y lo hace. Oido esto Jesus, se admiró (1), y volviéndose á las turbas que le seguian, dijo: En verdad os digo, no encuentro tanta fé en Israel (\*). Y yo os digo, que muchos vendrán de Oriente y Occidente, y se sentarán (2) con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos; mas los hijos del reino serán arrojados á las tinieblas exteriores: allí será el llanto y el rechinamiento de dientes. Y dijo Jesus al centurion: Vé, y cúmplase como creiste. Y sanó el criado en aquella hora. Y habiendo vuelto los

(1) La palabra griega *thaumazein* tiene á veces este sentido, como nota Suidas. El Hijo de Dios no se admiró de nada; pero alabó lo que era bueno, para que sirviera de ejemplo á los demas.

(\*) Cuando Jesucristo se maravilló de la respuesta del centurion, ninguna cosa admirable encontraba en ella, sino lo que él mismo habia inspirado en el corazon de este oficial por su gracia: pero maravillándose de esta gran fé en un gentil, queria que la admirasen no solamente todos sus discípulos y judios que le seguian, sino tambien toda la posteridad. (Nota del Illmo. Scio al cap. 8.º de San Mateo).

(2) *Se sentarán, anklitheson*, imágen de la quietud y de la fruicion; voz usada aquí, porque los judios, y en particular los fariseos, hacian muchas veces escrupulo de comer con extrangeros.

que habian sido enviados á la casa, encontraron sano al criado que habia estado enfermo (1): (San Lúcas, VII, 1 á 10 y San Mateo, VIII, 8 á 13)."

"Y sucedió que iba despues á una ciudad que se llama Naim (2), y le seguian sus discípulos y gran multitud. Y acercándose á la puerta de la ciudad, he aquí que llevaban un muerto, hijo único de su madre, y esta era viuda, y le acompañaba mucho gentío de la ciudad. Habiéndola visto el Señor, movido de compasion hácia ella, le dijo: No llores. Y se acercó y tocó el ataud (y los que le llevaban se pararon), y dijo: Jóven, yo te digo: Levántate. Y el muerto se sentó y comenzó á hablar. Y Jesus le entregó á su madre. Mas se apoderó de todos el temor, y glorificaban al Señor, diciendo: Se ha levantado un gran Profeta entre nosotros, y Dios

(1) No hay duda que el centurion de que hablan los dos evangelistas, es el mismo, aunque parece, segun San Mateo, que se presentó él desde luego delante de Jesus, y al contrario, segun San Lúcas, envió primero los ancianos de la ciudad y luego sus amigos. Esta contradiccion aparente se desvanece cuando se recuerda que San Mateo hace decir y hacer al centurion lo que éste mandaba decir y hacer por otros, segun el lenguaje sabido de los antiguos. Con todo, paréceme mas probable que el centurion despues de haber enviado á Jesus primero los ancianos y luego sus amigos, salió al encuentro del Señor, cerca de su casa, donde entró con él antes que los enviados. No sin razon cita San Lúcas al fin de su narracion, como testigos de este milagro, á sus contemporáneos mas antiguos de una ciudad notable.

(2) Naim, ciudad situada en las fronteras de Samaria y Galilea, al pié del monte Tabor. Hoy no es mas que un lugar que lleva su nombre antiguo.

ha visitado á su pueblo (\*). Y la fama de este milagro eundió á toda la Judea y á todo el pais comarcano. (San Lúcas, VII, 11 á 17)."

*No llores;* ¡cuán cordial y sencilla es esta expresion! ¡Qué grandeza en estas palabras, unidas á la accion que se sigue inmediatamente! ¡Dichoso aquel á quien Jesus dice: No llores!

Algunos Santos Padres han observado que nuestro Salvador habia manifestado su misericordia de tres modos diferentes en estos tres milagros sucesivos: la ejerció en favor del leproso, á ruegos suyos; en favor del criado enfermo, á ruegos de su amo; y en favor de la madre por sus lágrimas.

## CAPITULO XXII.

SAN JUAN ENVIA UNOS DISCÍPULOS SUYOS A JESUS.—Maldiciones pronunciadas contra diferentes ciudades.

"Mas habiendo sabido Juan en su prision, las obras de Cristo, envió dos de sus discípulos y le dijo: ¿Eres tú el que ha de venir, ó esperamos otro? (En aquella misma hora curó Jesus á muchos enfermos de enfermeda-

(\*) Le miraban solamente como un gran Profeta, que Dios habia enviado á su pueblo para visitarle, esto es, para consolarle y ponerle en libertad; sacándole, como ellos entendian, del poder y yugo de los romanos; pero no como al Mesias, porque no podian conciliar la idea que habian concebido de la grandeza del Mesias, con el abatimiento y humildad exte-  
TOM. I.—18.